

Carta a vos mismo. Sobre la inmanencia y la educación de sí en tiempos de crisis¹

Ivannsan Zambrano G.²

¹El texto tiene como telón de fondo, como ontología, la lectura que Deleuze realiza sobre Spinoza. Aquella expresada en las obras *En medio de Spinoza* (2008) y *Spinoza y el problema de la expresión* (1975). Un acercamiento a dicha lectura y a modo de síntesis se efectuó en el artículo titulado «Spinoza "en medio" de Deleuze. Sobre la identidad magisterial y el cuidado de sí» (Zambrano Gutiérrez, Barragán Castrillón y Ossa Montoya, 2020).

²Doctor en Humanidades. Profesor de la Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. Integrante del Grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas.

Nosotros somos transitorios, cambiantes, somos posibilidades, para nosotros no existe la perfección, no somos seres completos. Sin embargo, cuando pasamos de la potencia al acto, de la posibilidad a la realización, participamos en el verdadero ser, nos hacemos un poco más semejantes a lo perfecto y divino. (Hesse, 2008, pp. 246-247)

«Llamo despierto a aquel que, con la razón y la conciencia, se conoce a sí mismo y conoce sus más íntimas fuerzas, impulsos y flaquezas irracionales, y sabe contar con ellas» (Hesse, 2008, p. 45).

Nuestro destino es la ética

Amigo, quiero hablarte de algo, intentar explicar algo. Es una idea, un concepto, una forma de vida. Pienso que, en la comprensión de este concepto, en la apropiación del mismo, es posible pensar una idea de educación realmente emancipadora, una idea de educación que sea la respuesta a lo que somos y no lo que creemos o deberíamos ser según alguien lo haya enunciado. Creo que a través de este concepto es posible fundamentar y visibilizar un hacer pedagógico y formativo, uno que apueste por el cuidado de sí, la soberanía de sí en los individuos, uno que se cimente, que tenga su lugar de ser en la experiencia de vida de cada quien, en lo que es cada quien, y no la simple retórica, o en la mera reproducción de discursos academicistas muchas veces alejados de la vida más propia; la experiencia que cada quien vive en su día a día. Se trata del concepto de inmanencia.

¿Sabes? No son tiempos fáciles los que estamos viviendo, sin embargo, nunca lo han sido. Siempre nos hemos visto desafiados por la existencia, amenazados en ella, y en ese dolor, esa crisis constante en la que vivimos, han sido creadas bellas obras de arte, la más valiosa literatura y música, y también herramientas y

tecnología que nos ayudan a vivir. Paradójicamente, nos valemos de la crisis para ser más, sin embargo, es en esta crisis sanitaria donde también el constante llamado a volver a sí mismo se repite, y es que en él se funda la esperanza de una humanidad soberana, consciente y solidaria con la vida de sí, del otro y del planeta.

Bien, la inmanencia. El concepto procede del término latino *immanens*, compuesto por dos partes: el prefijo «im-», que puede traducirse como «hacia el interior», y el verbo «manere», que es sinónimo de «quedarse o permanecer», algo que se deviene, se da desde su interior, desde su esencia, que permanece y es desde el interior de la cosa en sí.

Es un poco complejo, lo sé... pero voy a explicarlo de manera sencilla. También, verás que tiene mucho que ver con la idea de esencia³, entendida como algo que constituye la naturaleza de la cosa, lo que hace que algo sea lo que es, esto en medio de los cambios, o para decirlo de otra forma, el cambio es parte de su esencia. Ahora, vamos a intentar comprender

estos conceptos. Desde ya te advierto, ubico a estos conceptos en un mismo horizonte de significado, para mí son casi, *lo mismo*.

Observa esta semilla, es una semilla de girasol. Por ahora, es solo una semilla y sin embargo está destinada a ser un girasol, a florecer, a desarrollarse como girasol, ese es su objetivo, su finalidad. ¿Ves ese árbol?, sí, ese... allí a lo lejos. Es una acacia amarilla, también ella fue semilla, también ella se realizó, creció como acacia. Y si bien hace algunos años era tan solo un retoño, una pequeña planta, hoy ha conquistado lo que le es propio, ha crecido y se ha convertido en ese árbol grande y robusto; una acacia hermosa. ¿Crees que la acacia o el girasol podrían haberse desarrollado convirtiéndose en otra cosa? Por ejemplo, una semilla de girasol que se desarrolla como acacia, como árbol y no planta, no flor... Una semilla de girasol que se desarrolla convirtiéndose en perro ¿crees que esto es posible? No, no lo es, en condiciones naturales no es posible.

Y esto pasa con cada una de las cosas que existen, en todas ellas reside una forma de ser natural, una que se va desarrollando, que logrará su plenitud y vivirá según dicha manera de ser, según lo que es natural a ella. Esto pasa en todo, incluso en lo que menos pensarías. Por ejemplo esa mesa de madera, ciertamente ya no es árbol. Alguien transformó ese árbol en madera. Acabó con el árbol, con la forma natural de él, su vida, pero, y de manera artificial, hizo del cuerpo del árbol una mesa. Convirtió

³ Esta comparación/homologación es peligrosa. Se ha cuestionado la idea de esencia, esto porque lleva a esencialismos, a decir que algo es y negar la naturaleza cambiante de todo. Sin embargo, al hablar de esencia, no estamos hablando de inmutabilidad. De hecho, la esencia de algo puede ser tu tendencia al cambio, su constante movimiento. Ahora, lo que nos interesa señalar es que dicho cambio, dicho estar siendo responde al deseo de existir, y que este tiene su mayor potencia, su mejor despliegue en el caso de lo humano, cuando tiene por eje el pensamiento y no la ignorancia. Mejor afirmarse y llegado el caso, transformarse, mutar, dejar de ser para ser, esto en tu deseo de vivir vía el pensamiento, la sensibilidad reflexiva, y no la ignorancia, pues la primera vives más y mejor, hay aumentos, alegrías; en la segunda, se vive menos, hay tristeza y enfermedad. Si alguien pregunta ¿cuándo algo cambia, cambia todo?, respondo: claro, al menos por dos razones, uno, todo cambia, todo está en continuo movimiento; dos, mejor si ese movimiento es consciente, reflexionado y encauzado tanto como sea posible, esto para vivir más, y no para morir en el intento.

al árbol en madera, y a partir de ella fabricó una mesa. Ahora esa mesa es una mesa que se conserva en lo que es, en lo que estaba destinada a ser, y según la forma y el uso que le dio ese alguien, esa mesa es mesa y no silla o reloj. A esto Spinoza lo llama *conatus*, es decir, cada cosa persevera en su ser.

Ciertamente, hay diversidad de factores naturales (y artificiales) que impedirían que la planta, el pequeño árbol de acacia, creciese como acacia; por ejemplo, alguien viene y lo corta, o le impiden desarrollarse, crecer, o nadie siembra la semilla de girasol. Así las cosas, debe haber ciertas condiciones para que esa semilla o la pequeña planta cumplan con su destino. Sin embargo, en buenas condiciones, esa semilla será un girasol grande y bello y esa acacia también. A ellos es natural ser lo que están destinados a ser, a desarrollar aquello que les es inherente, su esencia inmanente. En todo caso, depende de la acacia, de la semilla, pero también, de las condiciones, las relaciones en las que ellas se vean inmersos. Entonces, en todo reside un algo que a cada instante es lo que puede ser según su esencia, su destino, puede ser la semilla, pero también esa mesa. Una y otra, todo lo existente lucha por existir, por seguir existiendo, conservándose en la forma, en la esencia y composición que lo constituye.

¿Inmanente? ¿Esencia?... Espera. Déjame desarrollar más las ideas, y así comprenderás estos conceptos y qué lugar tienen en la experiencia humana. La semilla de girasol, el retoño de acacia o pequeña planta, un potro que se convertirá en caballo, un cachorro que un día será un perro adulto o una mesa que se conserva en tanto mesa, todos ellos guardan en su ser una forma de ser, una que se realiza y se irá realizando, que expone y expondrá lo que le es propio, e intentará tanto como pueda, conservarse en ella, afirmarse en su ser, su forma, su esencia.

Hoy, esa acacia ha alcanzado un gran tamaño, no sé si dejará de crecer, pero sé que intenta a cada instante conservarse como

acacia, esto resistiendo los embates del viento que podrían tumbarla, los tiempos de escasez de agua o exceso de sol, una y otra plaga de insectos u hongos que la atacan, o la aridez de la tierra, aquella que pierde sus nutrientes debido al sobre uso o la contaminación en las ciudades. En fin, esas y otras variables, y sin embargo ese árbol sigue, día a día continúa afirmándose en su ser, continúa luchando, resistiendo, conservándose en ser árbol, ser acacia. Durará tanto como sea posible, ese es el secreto de la existencia. Día a día, se afirma en aquello que lo distingue, que lo caracteriza. Ese es su proyecto, su razón de existir, su *conatus*. Si pierde dicha batalla, entonces deja de existir como árbol de acacia, y ahora existirá como otra cosa, puede, madera, puede (una vez caído al suelo) refugio de animales, de insectos, incluso cenizas después del fuego, en fin. Esa otra cosa en la que devino el árbol también luchara por existir, por ser lo que le es propio.

Entonces, cuando digo inmanente, me refiero a aquello que es inherente, que es interno a algo, que reside en sus «genes», aquello que desde su interioridad despliega su ser, realizando su existencia acorde a lo que le es natural, al orden que cimenta su existencia. La inmanencia es aquello que nos es propio, como la esencia, y en lo que reside la finalidad de nuestra existencia y el cómo de ella, esto según lo que somos.

De nuevo, para la planta de acacia, ese pequeño retoño. A ella era inmanente el devenir árbol de acacia, crecer, y afirmarse en ser acacia, vivir como acacia. Nunca ser otra cosa que acacia, nunca otra cosa que un árbol

de acacia. Ella no se trasformaría en perro o vaca, sino, siempre acacia. Ella vivirá como acacia, en otras palabras, en su día a día realiza el ser acacia, pero ¿cómo? Siguiendo las formas de reproducción, alimentación y crecimiento que son propias de esta especie de árbol; las acacias. Entonces, a ella es inmanente ser una acacia.

Si yo dijese, y mediante algún tipo de «hechizo» convirtiese esa acacia en perro, en humano, pues estaría alterando lo que es o era propio a dicha acacia, su inmanencia, su esencia, su destino. Y si eso pudiese ocurrir, pues eso en que fue convertida la acacia sería algo trascendente a ella, algo venido de afuera, algo que no estaba inscrito en sus «genes», en sus raíces, en su ser, finalmente que no es natural a ella, esto sería algo trascendente. La trascendencia es lo que viene de afuera, lo que se impone. La inmanencia, lo que reside en lo interno, en la interioridad de algo que a cada instante realiza su ser, esto siendo semilla, planta o árbol.

La inmanencia en la humanidad

Ahora, he hablado del árbol, la semilla, incluso de perros y vacas, pero, y nosotros los humanos... ¿Qué es inmanente a nosotros? ¿Hay una esencia que se realiza día a día en nosotros? ¿Cuál o en qué consiste nuestra esencia? El tema es complejo. Pues si hay una esencia solemos pensar que estamos destinados a algo, determinados, condenados. Más adelante responderemos a esto, pues tiene su razón de ser. Sin embargo, para no perder el hilo, es posible sostener que hay cierta esencia, cierta inclinación que se desarrolla en nosotros y en cual-

quier ser vivo, esto es, *nuestro deseo de vivir*, de garantizar la vida (como todo lo existente), así las cosas, nuestra esencia es el deseo; deseo de ser, deseo de existir.

Ahora, la concreción de dicho deseo no es otra que la búsqueda de condiciones que viabilicen ese deseo, es decir, que aseguren tanto como sea posible la consecución del mismo; existir, durar tanto como sea posible. Estas condiciones tienden, o deben tender, a asegurar ese deseo, en otras palabras, a aumentar las probabilidades de continuidad, reproducción del mismo; caso contrario, estaríamos yendo en contra de nuestra esencia, nuestra existencia.

El problema es *cómo* realizamos ese deseo

Y aquí viene el problema, la parte complicada, aquella que particulariza y rarifica nuestra esencia. El problema no es que deseemos existir, que haya una esencia en nosotros que busque existir, garantizar la continuidad de la vida. **El problema es *cómo* realizamos ese deseo.** La mayoría de las veces, y esto para gran parte de la humanidad, el *cómo* de ese deseo no es más que la perdición, la enfermedad, la confusión... el problema no es el deseo en sí mismo, sino lo que cada quien realiza con él particularmente, diferenciadamente... lo que hace con su vida. Amigo, somos nosotros, vos, yo, quienes damos dirección a esa fuerza deseante que habita en cada uno, que es cada uno, pero la mayoría de las veces sin comprenderla. Es como si creyéramos que por saber manejar un carro comprendemos lo que es y cómo funciona. No se trata solo de conducirlo, sino de entenderlo.

Realizar nuestra esencia, nuestra inmanencia, significa desplegar nuestro deseo, asegurando, buscando, eligiendo o construyendo las condiciones necesarias para que el mismo se realice, esto en constantes aumentos que aseguren la vida, y no disminuciones que la perjudiquen... ¿Cómo? Aquí interfiere el pensamiento (el pensar, pensar lo que debemos pensar, pensarse a sí mismo, pensar el ser) solo quien piensa, quien trabaja sobre sí

mismo, logra realizarse a sí mismo. Desplegar su inmanencia, ser ella. Esto, debido a que escoge o busca elegir las condiciones que favorezcan la continuidad de ese deseo, y no aquellas que vayan en contra de él.

¿Qué es pensar?⁴ Es sentir la vida con argumentos, con ideas, con preguntas. Es valer nos de la pregunta para transgredir y objetar la vida que se vive, la que reproducimos, comprendiendo lo que está en juego, comprometiéndose con la búsqueda de la verdad, esto no solo para decir no respecto a lo que se está viviendo, sino para crear un sí a la vida, un sí a una vida que busca, que se pregunta por lo que es, y gradualmente logra librarse de la pesadez en que se nos hace vivir, en que nos ahogamos la existencia. Piensa quien está inquieto, angustiado, quien le duele la vida.

Así las cosas, el pensar, la inteligencia, es un esfuerzo de razón, es una **elección** en cada instante de la vida; quien no lo hace, quien no elige con fundamento, con consciencia y reflexión crítica, vive su vida, vive su deseo sin ser dueño de él, sin ser soberano del mismo o de sí mismo, dejando que este sea decidido por otros, unos otros que oprimen, que reproducen un estado de vida en confusión, en la negación, en el ser menos al decir de Freire (2005); la tristeza, la esclavitud o el azar de la vida, la contingencia de la misma.

Pero aquellos que logran el gobierno de su deseo, es decir, logran el gobierno de sí mismos a través del pensamiento, realizan su esencia, su inmanencia. Ellos, al igual que el girasol o el hermoso árbol de acacia, se realizan a sí mismos en lo que son. Un bello amigo, de hecho, quien está detrás de toda

esta argumentación; Spinoza (2009) sostenía «nadie sabe lo que puede un cuerpo» (p. 128), y es que, si lo supiéramos, saber de lo que es la vida, lo que somos, sabríamos lo que puede la vida, cada una de nuestras vidas. En este sentido, esos que realizan su inmanencia, conocen de sí y conocen de sus cuerpos, que son también sus mentes, sus ideas, ellos procuran la continuidad de dicho cuerpo acorde a lo que beneficia en términos de salud al mismo, alejándose de aquello que no lo hace, pues enferma. Aumentos=salud, alegría. Disminuciones=tristeza, enfermedad, confusión.

Pensar es una elección a cada instante, en cada momento de la vida. Elección con base en un criterio de conocimiento de sí, de lo que se es, de lo que somos como cuerpo. Es la elección entre aquello que aumenta y aquello que disminuye la vida, pues, no hay otro objetivo en el vivir más que durar tanto como sea posible, perseverar en el ser, y aquí se trata de buscar aumentos, no vivir en accidentales disminuciones producto de la ignorancia, del no pensar.

Somos cuerpo, cuerpo universal

La inmanencia es lo universal, como universal es el cuerpo. Todos somos cuerpo. Hoy, defender la inmanencia significa defender un interés común por lo que somos; cuerpo, relación, conato. Entendemos al cuerpo como ese conjunto de piernas, brazos, cabeza y tronco, piel y ojos que es cada uno, y allí, eso que hace a ese cuerpo un cuerpo particular, su mente, su historia. Mente y cuerpo son una y la misma cosa nos dice Spinoza. Apostamos así a un universal no ideológico, sino concreto. Dejamos de

⁴ Al respecto: Carlos Mario González (director del Centro de Estudios Estanislao Zuleta y docente de la Universidad Nacional sede Medellín) expone «El pensamiento como posibilidad creadora del ser humano», a propósito de «En Nietzsche, ¿qué es pensar?». Espacio promovido por la Biblioteca Pública Piloto en *Diálogos de ciudad* (mayo 7 de 2019).

lado aquel universal que excluye mediante la razón y las jerarquías raciales y culturales a algunos individuos al interior del todo humano, esto para dar vía a aquel universal que siempre hemos sido, que no puede modificarse; el cuerpo; la inmanencia del cuerpo. Y en la inmanencia ejercer nuestro derecho, que es también nuestro deseo, nuestra esencia, de *ser más* al decir de Freire, de aumento en Spinoza, de vida, y no el ser menos, la disminución, la enfermedad, la muerte.

Al hablar del inmanente universal que tiene como eje la idea de cuerpo no estamos borrando lo singular de cada quien, todo lo contrario, resaltamos dicha singularidad como cuerpo, una que requiere ser conocida y trabajada por quien la encarna. Amigo, cada subjetividad es única e irreplicable en su ser más profundo, pero como cuerpo es universal en los efectos de una u otra subjetividad, en otras palabras, lo que haces con tu vida tiene impacto en tu cuerpo. Así las cosas, siempre habrá aumento y disminución, y en esa dualidad muchas veces yuxtapuesta vos debes decidir. Lo que es universal es el cuerpo como lugar en que se experimenta la vida y, si puede, depende de cada quien, decidir sobre ella.

Somos cuerpo, somos experiencia corporizada y lenguajeada. Nuestra esencia, esto es el deseo, es también lenguaje, o para decirlo de otra forma somos en el lenguaje, expresamos nuestro deseo de vivir en el lenguaje y el lenguaje es la carne del mundo humano; el lenguaje es nuestra morada. En esa morada se funda la experiencia humana, y sin embargo no se trata del imperio humano al interior del imperio de la vida, la naturaleza:

no somos un imperio al interior de otro imperio. El lenguaje no es más que otra de las formas en que se expresa la vida, un modo de ser, del ser, del todo, que constituye nuestra experiencia humana, y que está mediado por las relaciones de fuerza (las tensiones, luchas e intereses entre los hombres) y de saber (lo que saben o creen saber los hombres) que se juegan al interior de él y que definen el devenir de lo humano en el seno de la vida, y por esto mismo siguen sujetadas a aumentos y disminuciones, salud o enfermedad. Nadie escapa a la inmanencia de la vida, a la naturaleza que nos constituye.

Así las cosas, nuestra inmanencia es una elección. No se da de forma espontánea, no comúnmente en el seno de la sociedad, o de una sociedad que no sea guiada por la razón, y en ella la pregunta por lo que somos... Es una elección que responde a nuestra esencia, el deseo de vivir y al pensamiento. Ahora, elección de vida, pues entenderemos por inmanencia de la vida el derecho natural de existir, y por realización de dicha inmanencia, el ejercicio (realización) de ese derecho según los medios más adecuados y conquistados, esto es, como dije antes, las condiciones que así lo aseguren.

Dichas condiciones se construyen y se posibilitan en uso del pensamiento principalmente, y en compañía del otro, siempre y cuando también este otro esté guiado por él, por su deseo sensible y reflexionado de vivir, y es que junto a él somos más fuertes. Incluso en soledad siempre daremos cuenta que es mejor con el otro, y que un otro acompañándonos en la realización de nuestra inmanencia nos hace más fuertes. Otro, una suma de otros que pueden dar lugar a una comunidad, incluso a una sociedad. Siempre compartir la vida es algo bello, y cuando no se comparte también es cierto que nos sentimos menos fuertes, esto debido a que el otro nos afirma, el otro humano en el lenguaje, en el encuentro, nos posibilita una referencia, una confrontación, una necesidad de posicionarnos y ser nosotros mis-

mos. También debido a que somos demasiado poco ante la infinitud del todo.

Y, sin embargo, ¿podemos realizar nuestra inmanencia en soledad? Sí, desde que aseguremos alimento y seguridad. Aspectos que siempre han sido más fáciles de asegurar con otro, otros, la comunidad. ¿Pero es posible...? Depende de la situación en que se viva. En todo caso, en esa situación nuestra vida quiere vivir, y tendremos o será mejor basarnos en el pensamiento y no en la ignorancia.

Como sostuve anteriormente, el mundo en que vivimos, la sociedad en que nacemos suele hacernos parte de relaciones que nos disminuyen, es decir, nos colocan en condiciones de vida que favorecen y multiplican la confusión, la enfermedad, el dolor, la disminución. Esto desde la infancia, desde nuestra llegada al mundo, un mundo que nos lleva a vivir en ignorancia, a ignorar cómo vivir, a no pensar, a vivir ingenuamente y disminuimos constantemente. Otros hombres nos reciben y colocan en nosotros lo que no es de nosotros, lo que rarifica nuestra esencia y, muchas veces, lo que impide la realización de ella. Para Rousseau el hombre nace bueno... Claro, ¡como todo lo existente!, y sin embargo «la sociedad lo corrompe»; otros hombres nos socializan, nos hacen «humanos» en la confusión, el dolor, la ignorancia... pues la mayoría de las veces son hombres, seres humanos que no se han hecho cargo de sí mismos, que no han pensado en sí mismos, no han pensado la vida, lo que es necesario para vivirla, lo que la alegra y lo que no; sobre todo, lo que no.

En este escenario, devenimos otra cosa distinta a nuestra esencia, y si bien conseguimos en todo caso una forma de existir, pues al final existimos y llegamos a constituirnos en una rarificada esencia, vivimos una vida que nos niega, nos disminuye, nos condena. En este escenario somos negados en nuestra libertad, esto inscribiéndonos definitivamente en el *ser menos*, opuesto al *ser más* (Freire, 2005). Los aumentos, la vida auténtica, la inmanencia. Quien logra mediante la reflexión

y crítica liberarse de eso que ha sido puesto en él, quien ruga como el león de Nietzsche (en las tres transformaciones del espíritu) y dice «No» a lo que le ha sido impuesto de forma trascendente, es libre, es real, es esencia de sí mismo; auténtico, su vida es *una obra de arte*.

La educación

Entonces, la educación que recibimos nos niega, pues no nos enseña a pensar, a cuestionar, a preguntarnos por el porqué de las cosas, lo que somos, lo que es la vida. Esta educación favorece el aplicacionismo, la reproducción, el consumo y la vida en confusión e ignorancia. De esta forma morimos en vida, y somos incapaces de realizarnos a nosotros mismos. Sin embargo, una educación (también una cultura, una sociedad, un país, un otro) que promueve condiciones, dígame relaciones, situaciones, experiencias que nos lleve a inquietarnos, a preguntarnos por la vida, por lo que somos, lo que hacemos; es una educación que promueve la realización de la vida, la vida humana, una que invita a florecer en nuestra inmanencia, en nuestro fuero interno, en aquel sí mismo que constituye el horizonte de búsqueda del que tanto se habla, finalmente «conócete a ti mismo».

En todo caso, muchos creen que, al hablar de esencia, destino, finalmente realizar lo que nos es propio, estamos cayendo en determinismos, en universales y absolutismos que niegan la diversidad de la experiencia humana. A esto hay que prestarle atención y responder sabia y amorosamente. En la línea de lo que vengo argumentando no hay mayor libertad que la tranquilidad de vivir

tanto como sea posible; realizar nuestro deseo, nuestra esencia, vivir en constantes aumentos, en alegría, en serenidad, en amor. La pregunta por lo que somos, si bien está inserta en relaciones de poder y saber, que definen la respuesta, no es menos cierto que para quien conoce de sí, de su cuerpo (sabe que es cuerpo), será válida aquella respuesta que en la experimentación de la misma (alejado de la mera teorización y abstracción), produzca realmente salud, alegría, serenidad y tranquilidad, y no aquella que desgaste al cuerpo, lo esclavice, que lo sumerja en la enfermedad, la disminución, la tristeza.

Nombramos libertad, tranquilidad, alegría, amor, entre otras pasiones alegres que aumentan la vida a variables, situaciones e ideas que mediante la reflexión, la elección y el conocimiento de las mismas, esto es, el saber que aumentan nuestra existencia, favorecen nuestro deseo, han sido escogidas, clarificadas y desentrañadas respecto a otras que nos disminuyen; pasiones tristes. Al final variables que favorecen la duración, el vivir en nosotros mismos, cumpliendo con nuestro ser, atendiendo a un horizonte de vida inmanente, ético, y si, universal (no un universalismo, como el eurocentrismo)⁵, pues es inmanente a todo lo existente, por eso no discutible... relativo, y es que ningún hombre lo define, al contrario, es inherente a nuestra existencia, nuestros cuerpos.

La libertad no es más que la alegría de vivir sabia y reflexivamente, es decir, si puedes vivir una vida según lo que es natural a ella, esto es, escogiendo tanto como sea posible, buscando tanto como sea posible las condiciones que promueven la continuidad de tu deseo, la realización de tu derecho de vida, tu existencia en condiciones de alegría y sabiduría, pues, serás libre. Dichas condiciones responden a ideas adecuadas, al producto del constante pensamiento, la meditación, el trabajo sobre sí mismo.

La inmanencia, querido amigo, es la autenticidad, la expresión real de la vida. A quien revela su inmanencia le es difícil dudar de su objetivo en la vida, por supuesto existir y el cómo de él, esto es, en uso del pensamiento existir, y gradualmente, fluir en constantes aumentos, pues ha hecho de su vida reflexionada, trabajada en sí misma, una manera de ser, un estilo, una forma, una intuición, un reflejo... un alguien así ve aumentada su potencia y ya no es solo posibilidad de potencia, es potencia en acto; realización. La inmanencia realizada es la esencia develada; conciencia oceánica de nuestra existencia. Fuente de propia felicidad. Spinoza diría «contento de sí»; para Herman Hesse, un poco más cercanos a la «perfección», lo «divino», y es que «cuando un hombre procura realizarse, utilizando las dotes que le concedió la naturaleza, lleva a cabo lo más elevado y lo único realmente lleno de sentido de cuanto puede hacer» (Hesse, 2008, p. 246).

Referencias bibliográficas

Bibliotecapiloto. (2019, 7 de mayo). *Diálogos de ciudad 7 de mayo de 2019* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=W5phvgGhRjc&t=333s&ab_channel=bibliotecapiloto

⁵ Al respecto consultar: *¿Qué hacer con los universalismos occidentales? Observaciones en torno al "giro decolonial"*, por Santiago Castro Gómez.

- Castro, S. (2020). ¿Qué hacer con los universalismos occidentales? Observaciones en torno al "giro decolonial". En J. R. Losacco (Comp.), *Pensar distinto, pensar de(s)colonial* (pp. 13-44). El perro y la rana.
- Deleuze, G. (1975). *Spinoza y el problema de la expresión*. Muchnik.
- Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Cactus.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Hesse, H. (2008). *Narciso y Gold mundo*. COLOFÓN S. A.
- Spinoza, B. (2009). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Trotta.
- Zambrano, I., Barragán, B., y Ossa, A. (2020). Spinoza "en medio" de Deleuze. Sobre la identidad magisterial y el cuidado de sí. *Revista de Filosofía y Educación*, 5(1), 1-17. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/saberesypracticas/article/view/3320>